

# JUAN PABLO II: UN NUEVO PAPADO

---

Enorme expectativa pesaba sobre el cónclave. Esta vez sobre los consabidos agüeros de Malaquías predominaron las especulaciones políticas y aun los cálculos de probabilidades de la moderna cibernética. El resultado, a primera vista, causó estupor. Nadie había contado con Karol Wojtyła. Luego la reacción fue de alegría. Y ahora, de nuevo las cábalas, la expectativa y un voto de confianza.

El primer hecho que llama la atención es la ruptura del monopolio italiano que ya duraba cuatro siglos y medio. En el apasionado despertar de las nacionalidades fue un signo de catolicidad; hoy era tan sólo una inercia que los cardenales han roto con buen sentido. El resultado ha sido abrir el abanico de posibilidades y a la larga aflojar ciertas roscas y defectos administrativos que a través de una tan larga continuidad sin contrapeso son casi inevitables.

Un segundo rasgo significativo sería la edad. Para un hombre como él, animoso, intenso y robusto, 58 años es aún una edad en que es posible el cambio. Es un signo de humilde realismo el que los cardenales hayan escogido a uno de sus más jóvenes colegas. En una época en que se vuelve cada vez más patente la insuficiencia de las estructuras y los esquemas mentales vigentes es un acierto elegir a una persona capaz de asimilar otras experiencias y llegar paso a paso a nuevas conformaciones.

Otro elemento puesto de relieve por todos es su condición de polaco. En este sentido se ha llegado a hablar de una jugada maestra de la curia romana y del cardenal König y otros miembros procedentes de la jerarquía para impedir el compromiso histórico en Italia y para acabar con la apertura al Este de Juan XXIII y Pablo VI. Se trataría, según estas hipótesis, de resucitar la confrontación Cristianismo-Comunismo, desplazada por los papas del concilio, más preocupados por los problemas de la injusticia y el subdesarrollo. En efecto, Polonia sería el único país de la órbita soviética en que la política de ateísmo militante ha tenido que ceder ante la oposición tenaz de la jerarquía compactamente respaldada por el pueblo. Una nación gobernada por un Estado que profesa una filosofía atea, pero cuya población se confiesa mayoritariamente creyente y practica asiduamente la religión. La elección del Papa sellaría el triunfo de la Iglesia sobre el comunismo y marcaría para otros países el camino de la resistencia victoriosa.

Creemos, sin embargo, que estas especulaciones, si bien tienen trazas de verosimilitud, no resisten al análisis. Para Karol Wojtyła el obispado en Cracovia ha sido una experiencia mucho más rica. Significó ante todo ser el defensor de una cierta moral estricta y de todas las libertades democráticas, desde la libertad de prensa hasta la de huelga. Significó haber aceptado el hecho de la necesaria coexistencia con unos regímenes socialistas que detentarán el poder indefinidamente. Significó tener que demostrar día a día que la Iglesia no se queda a la zaga del Partido Comunista en la defensa de la justicia social. Significó también ser la voz de la sensatez, en el amplio sentido de la palabra, y ser capaz de llamar al orden al país en nombre de un imperativo nacional que se da por sobreentendido.

Wojtyła, primer arzobispo de Cracovia de origen no aristocrático, hijo de obrero y obrero él mismo, no ha crecido en la sociedad de consumo y ha vivido el hecho cotidiano de una sociedad socialista. El no la mitifica, como muchos revolucionarios de Occidente y ha luchado duramente para mejorarla, pero indudablemente es un hombre del postcapitalismo. Y en este sentido participa de su ideal de justicia social en toda su complejidad: "Desearíamos extender nuestras manos y abrir nuestro corazón —dijo en su primera alocución papal— a todos los pueblos y a quienes están oprimidos por cualquier clase de injusticia o discriminación ya sea relacionadas con la economía, la vida en sociedad, la vida política o la libertad de conciencia y la justa libertad religiosa." Y pidió que pongamos todos los medios para que sean rechazadas todas las formas de injusticia.

Otra cosa distinta será su actitud hacia el marxismo, sobre todo a la filosofía marxista. Ya en el concilio decía que la Iglesia debe ayudar a sus miembros "para hacer de ellos verdaderos individuos y no sólo ciudadanos del Estado al que están sometidos". Y en un artículo reciente calificaba de alienados por igual a los sistemas atlánticos y soviéticos en la medida en que reducen la liberación del hombre a las conquistas del desarrollo dentro del mecanismo producción-consumo-producción. Por eso en su primer mensaje oficial como Papa proponía: "Estamos decididos a trabajar en favor de la consolidación de los puntales espirituales sobre los cuales pueda construir la sociedad humana". Es lo que había expresado en su libro Amor y Responsabilidad donde insistía en que el bien fundamental es "la realización de la 'Humanidad', es decir, del valor de la persona humana". Porque "nadie tiene derecho a servirse de nadie como simple medio, ni siquiera Dios".

Creemos, por tanto, que en este punto Juan Pablo II no exacerbará las tensiones Este-Oeste sino que se inscribirá en una política de coexistencia, aportando su experiencia personal y presentando el humanismo trascendente cristiano como elemento superador de las limitaciones de ambos sistemas. En este sentido habló a los representantes de gobiernos que asistieron a su instalación pontificia: "No puede haber un verdadero progreso humano ni una paz duradera sin la valiente, leal y desinteresada búsqueda de cooperación y la creciente unidad entre todos los pueblos. Por esto, la Iglesia alienta todas las iniciativas que se puedan tomar, todos los pasos que se puedan dar".

Quisiéramos destacar que esta concepción de la misión de la Iglesia en el mundo tiene su correspondencia en la manera como entiende la constitución de la Iglesia. Habría que recordar sus intervenciones en el concilio donde pidió que se hablase del pueblo de Dios y no de la autoridad eclesial como fuente de poder en la Iglesia. En su primer mensaje oficial recordó ese mensaje de salvación que alienta en la humanidad y que al animar al pueblo de Dios lo constituye en el sacramento universal de la salvación y de unidad de la raza humana. Y dentro de ese pueblo el ministerio jerárquico no estaría configurado como las jerarquías de este mundo: "Deseamos que nuestro ministerio sea un ministerio de amor, deseamos que así sea en todas sus expresiones y manifestaciones". Como ya había expresado en el concilio: "Intentemos evitar todo espíritu monopolizador y moralizador. Que la Iglesia abandone por fin el autoritarismo en sus esquemas".

Este espíritu lo recoge hermosamente en la homilía de la misa inaugural de su pontificado. No es tiempo —dice— de volver a lo que ha sido considerado como símbolo del poder temporal de los papas. Nuestro tiempo nos impulsa a sumergirnos en una meditación humilde sobre el misterio de la Suprema Potestad del mismo Cristo. El que nació de María Virgen, el hijo del carpintero —como se lo consideraba—, el hijo de Dios vivo —confesado por Pedro— vino para hacer de todos nosotros reyes y sacerdotes. Por lo tanto todo el orden jerárquico de la Iglesia no es otra cosa que el servicio encaminado a este único objetivo: Que todo el pueblo de Dios participe en esta triple misión de Cristo y permanezca siempre bajo la potestad del Señor".

Y esta desabsolutización de la institución tiene su símbolo en la desacralización de su persona: ese desayuno de huevos fritos con tocino, esos paseos en cleyrman, la cancha de voley que ha mandado construir en los jardines papales para no interrumpir su práctica deportiva habitual, la ruptura del protocolo para charlar cordialmente con los periodistas, salidas tan inusitadas en sus antecesores como esa de que le gustaría ir a Rusia a esquiar... revelarían el intento de que la función de liderazgo no opaque a la persona, de que la imagen pública corresponda con su dimensión real.

Es que el misterio divino que anuncia la Iglesia es también el misterio más humano. "La verdad última y definitiva sobre el hombre: el Hijo de Dios vivo".

Por todo esto el significado de la elección de Juan Pablo II no es para nosotros aquel que le atribuyera un periodista neoyorquino "que el Occidente está empezando a recuperar su confianza en sí mismo" sino —como lo expresara el propio Papa— el intento de hacer hoy realidad "la misión universal de esta sede romana".

Vayan desde estas páginas nuestra activa comunión y nuestros votos por el éxito de esta misión evangélica. □

REGALE UN AÑO  
DE INFORMACION Y REFLEXION  
REGALE UNA SUSCRIPCION  
DE

